



Con la colaboración
de la UNIVERSIDAD
PONTIFICIA
DE SALAMANCA

SUPLEMENTO
Vida Nueva

SE211102

EDITORIAL

Sesenta años del Concilio

Acaba de concluir en Roma la primera sesión del Sínodo de la Sinodalidad en la que 54 mujeres han tenido derecho al voto. La segunda asamblea tendrá lugar en octubre de 2024 y entonces se cumplirán exactamente sesenta años desde que 23 mujeres entraron en el Concilio Vaticano II. Eran 10 religiosas y 13 laicas. Todas participaron como auditoras, es decir, como oyentes. Aquellas madres conciliares que entraron en San Pedro a finales de septiembre de 1964 eran mujeres formadas y creyentes convencidas, pero sabían que ninguna de ellas tendría derecho a hablar ni podría votar. Se mostraron muy activas, cohesionadas y decididas a no perder la que era una oportunidad para todas las mujeres del mundo. Porque, si bien el Concilio abordó solo marginalmente la cuestión de las mujeres, lo cierto es que ofreció nuevas perspectivas para “la otra mitad del género humano”.

Como escribe **Adriana Valerio**, historiadora y teóloga y autora del libro *Madres del Concilio*, “sabemos de las intervenciones de algunas de ellas (por ejemplo, de la australiana **Rosemary Goldie**, de la española **Pilar Bellosillo** y de la francesa **Suzanne Guillemin**) reivindicando que lo femenino no fuera tratado como un tema en sí mismo para aislarlo o destacarlo, sino que se afirmara la dignidad de la persona humana y la primacía de la igualdad fundamental que conferiría a cualquier mujer bautizada el principio de corresponsabilidad apostólica”.

En este número de *Donne Chiesa Mondo* parte de ellas cuentan cómo ha cambiado la posición, el papel y la conciencia de la mujer en la Iglesia en sesenta años. Cambios con distinto signo y marcados por algunos reveses como subraya **Mercedes Navarro Puerto**, mercedaria y estudiosa de la Biblia, que escribe sobre las religiosas después del Concilio y ofrece su testimonio en primera persona. Fueron numerosas las intervenciones de quienes comprendieron y vivieron las lecciones del Concilio como creyentes, como religiosas o en su vida profesional y política: **Cettina Militello** fue una de las primeras mujeres italianas matriculadas en una facultad de teología; **Nicla Spezzati** fue una de las primeras en ocupar un alto cargo en la Curia; y **Rosy Bindi** fue líder de Acción Católica y después ministra de la República Italiana. Por su parte, como escritora, **Carola Susani** cuenta las reflexiones de una madre conciliar a través de una carta imaginaria a una joven de hoy. Y está la experiencia de los movimientos de mujeres laicas: católicas que ya antes del Concilio habían descubierto el protagonismo de las mujeres fuera del hogar y dentro de la Iglesia.

DONNE CHIESA MONDO

Suplemento mensual

CONSEJO DE REDACCIÓN

RITANNA ARMENI
GABRIELLA BOTTANI
YVONNE DOHNA SCHLOBITTEN
CHIARA GIACCARDI
SHAHRZAD HOUSHMAND ZADEH
AMY-JILL LEVINE
GRAZIA LOPARCO
MARINELLA PERRONI
MARTA RODRÍGUEZ DÍAZ
CAROLA SUSANI
RITA PINCI (COORDINADORA)

EN REDACCIÓN

SILVIA GUIDI
VALERIA PENDEZZA

Esta edición especial en castellano (traducción de ÁNGELES CONDE) se distribuye de forma conjunta con VIDA NUEVA y no se venderá por separado

www.osservatoreromano.va



Una asamblea inclusiva

Para el Sínodo sobre la sinodalidad, el Papa **Francisco** rompió moldes e incluyó entre los participantes a no obispos, consagrados y laicos de diferentes sectores de la sociedad. Entre ellos 85 mujeres, 54 de las cuales han tenido derecho a voto. En la primera sesión fueron un elemento dinamizador del trabajo en la Aula Paolo VI.



La foto inédita



Gloria Liliana Franco

“Muchas mujeres no tienen un sitio en la parroquia ni en el consejo diocesano. El camino de la mujer en la Iglesia está lleno de cicatrices por situaciones que han provocado dolor y redención. Pero la Iglesia, que es madre y maestra, es también hermana y discípula, es femenina, y esto no excluye a los hombres porque la fuerza de lo femenino habita en todos, hombres y mujeres”.





del Sínodo

La presencia de las mujeres en la asamblea ha traído consigo una brisa fresca del Espíritu



Madre Ignazia Angelini

“Cuando el Concilio, al perfilar la Iglesia misionera, afirma que “la vida contemplativa se refiere a la presencia de la Iglesia en su forma más plena” (*Ad gentes*, 18), ¿no perfila nuevos ministerios que piden ser reconocidos? Preguntémosnos dónde ha ido a parar hoy este rasgo constitutivo de la novedad evangélica ligada al estilo de **Jesús**, dado que el primer anuncio de la resurrección lo confía a una mujer”.





Nosotras, que éramos la mitad de la Iglesia

CAROLA SUSANI

Una madre conciliar escribe una carta a una joven de hoy

Querida joven amiga,

estoy contenta y, a la vez, sorprendida por tu petición. Me preguntas sobre mi experiencia en el Concilio Vaticano II. Intentaré contarte qué fue para nosotras aquella apertura. Laica o religiosa, cada una de las que nos encontramos en aquella tribuna de San Andrés en San Pedro vivía en la Iglesia su propia experiencia marcada por su procedencia: Egipto, Líbano, Europa o América Latina. Conocíamos la Iglesia, cada una sabía una parte distinta, conocía las calles, los conventos o las instituciones. Algunas desempeñaban papeles importantes, tejían redes mundiales entre religiosas o laicas y laicos. Todas conocíamos los conflictos e intentábamos entender cuáles eran las necesidades. Al final, era solo una parte, pero una parte importante. Sí, estábamos expectantes.

Ya cuando **Juan XXIII** anunció el Concilio, sentimos que una energía se propagaba por nuestros cuerpos y almas. Se daban cita todas las esperanzas de renovación y de interlocución entre la Iglesia y lo que estaba sucediendo en el mundo. Escuchábamos o, mejor dicho, usando una imagen, estábamos de puntillas para ver mejor. Ya sabes cómo fueron esos años, la emoción en el ambiente. Parecía que se preparaba un tiempo nuevo, más adecuado a las exigencias de atención a los pobres, a la no violencia y a las voces cada vez más escuchadas de las mujeres. La Iglesia también se vio envuelta en aquella atmósfera.

Cuando Juan XXIII promulgó la encíclica *Pacem in Terris* en abril de 1963, real-

mente nos pareció que comenzaba una primavera. Cada palabra de esa encíclica respondió generosamente a nuestros deseos, desde la primera palabra del título: Paz. Pero lo que quizás no esperábamos era ver reconocida, entre los signos de los tiempos, la entrada de la mujer en la vida pública, junto con el papel de las clases trabajadoras y la autodeterminación de los pueblos. “En las mujeres, la conciencia de la propia dignidad se vuelve cada vez más clara y eficaz. Sabe que no puede permitirse ser considerada y tratada como un instrumento; exige ser considerada como persona, tanto en el contexto de la vida doméstica como en el de la vida pública”, leemos. Ya estaba todo ahí, solo faltaba un paso por dar para llegar a las consecuencias que eran necesarias y evidentes.

La otra mitad

Y tú me dirás: pero no había mujeres ni durante la primera sesión, ni en la segunda donde se discutieron los temas sobre el Pueblo de Dios y los laicos y la vocación a la santidad de la Iglesia, cuestiones que ni siquiera podrían concebirse sin nosotras. Me recuerdas que incluso la comunión de una periodista generó un caso y se le impidió que estuviera con los demás periodistas varones. ¿Crees que no nos impresionaba esta exclusión? Por supuesto que entiendo tu consternación. Es lo justo y normal.

Precisamente durante la segunda sesión, mirando a todos aquellos prelados, el cardenal belga **Léon-Joseph Suenens** se

levantó y dijo: “Pero, ¿dónde está aquí la otra mitad del género humano?”.

La otra mitad del género humano, a partir de la tercera sesión del Concilio inaugurada en septiembre de 1964, entró en el Concilio en su mínima y silenciosa expresión. Presencias femeninas simbólicas, decía **Pablo VI**. Juan XXIII había muerto el 3 de junio de 1963. Las auditoras llegaron prácticamente una a una y, a finales de 1965, éramos 23 entre religiosas y laicas.

La llegada de la carta de invitación, como puedes imaginar, fue emocionante. El día a día era emocionante. Nos emocionaba hasta la acreditación que nos había dado la Secretaría de Estado del Vaticano con la que accedíamos a la tribuna de San Andrés. Nos asomábamos a una basilica llena y todo nos llamaba la atención, desde los obispos hasta los majestuosos mármoles del templo lleno de vida que reflejaban el brillo de un momento lleno de vida y expectativas para la historia de la Iglesia. Éramos tanto laicas como religiosas. Las religiosas eran diez y en la tribuna había hombres y mujeres, auditores y auditoras. Antes de que comenzaran los trabajos, venía un asistente a explicarnos todo mientras se empezaban a intuir las voces de los distintos idiomas y sus intérpretes.

Es cierto que, como recordarás, no conseguíamos hacer resonar nuestras voces directamente. Hubo intervenciones de algunos portavoces de los auditores, pero siempre eran hombres y, cuando se propuso a una portavoz, la española **Pilar Bellosillo** de la Unión Mundial de

Organizaciones de Mujeres Católicas, su intervención siempre se rechazó. Pero hay que tener claro que había muchas maneras de intervenir, de hacer reflexionar a la gente sobre las cosas que teníamos que decir. Están los documentos que redactamos y entregamos, están las reuniones informales, los pasillos y las cenas en las casas. Fuera de San Pedro nos reuníamos en Santa Marta o en el Instituto Santísima María Bambina en vía del Sant'Uffizio. Las laicas y religiosas aprendimos a conocernos y creamos una Comisión para poner en común nuestras miradas.

Te ha llamado la atención la historia del bar, los prelados que, incómodos y tan poco acostumbrados a la presencia femenina, hicieron que nos prepararan un comedor solo para nosotras, manteniéndonos alejadas de las salas donde se reunían y hablaban informalmente entre ellos. Los más ingeniosos lo llamaban Bar None (bar de monjas, bar de nadie), una pequeña sala revestida de terciopelo amarillo donde se servían té y pastas. ¿No te ha hecho reír que los esposos mexicanos **Luz María Longoria** y **José Álvarez Icaza**, invitados como pareja, fueran separados por un protocolo extraño y aparentemente improvisado?

Has hablado de segregación y no te equivocas. Yo también estaba desconcertada porque era un comportamiento inaudito. Pero también me chocaba por otra cosa. Pensar que veintitrés mujeres, tan pocas, tan correctas y respetuosas supusiéramos una tormenta que trastocaba las costumbres hasta el punto de cambiar los protocolos, me llamaba la atención.

Una vez que llegamos, nuestra presencia requirió de nuevos criterios, de una renovación de todo. Nos reíamos mucho en esos meses de las tonterías de las aventuras del país de Alicia en las Maravillas. La resistencia que encontrábamos nos la tomábamos con humor, casi con ternura. Sor **Costantina Baldinucci**, presidenta de la Federación Italiana de Religiosas Hospitalarias, escribía en sus memorias sobre

el Concilio: “Había tres categorías: una minoría de “buenos” que realmente apreciaron nuestra presencia y ofrecieron su contribución de manera respetuosa. Otra mayoría que se comportó con indiferencia, aunque algunos parecían asustados e incluso evitaban encontrarse con nosotras. Y otros claramente molestos porque estábamos allí y nos ignoraban por completo”. Y eso fue todo. Pero fue gracioso ver cómo nos evitaban. Claramente, el problema lo tenían ellos, no nosotras.

Te enfada también que nos hiciera gracia. Dices que es típico, que las mujeres siempre miramos con ternura a los hombres y nos reímos de todo para que se sientan mejor, aunque todo siga como está. Lo pensaré, seguro que tienes razón, pero aquella risa desatada de Luz Icaza todavía me alegra.

Documento de trabajo

Hay algo más. Nosotras éramos la Iglesia. Quizá aportamos tanto o más que muchos prelados a la Iglesia que actuaba en el mundo. Estaba **Marie-Louise Monnet**, del Mouvement International d'apostolat des Milieux Sociaux Indépendants. Estaba **Mary Luke Tobin**, presidenta de la Conferencia de Superiores Mayores de Institutos Femeninos de Estados Unidos. Estaba **Marie de la Croix Khouzam**, presidenta de la Unión de Religiosas Maestras de Egipto. Estaba **Sabin de Valon**, superiora de las Damas del Sagrado Corazón. Estaba **Rosemary Goldie**, secretaria ejecutiva del Comité Permanente de Congresos Internacionales para el Apostolado Laico. Solo por nombrar algunas. Nos tomamos en serio el signo de los tiempos, por lo que nos pareció que el problema no era tanto nuestro. Nuestra presencia hizo visible la segregación mientras trabajábamos para terminar con ella.

Nuestra contribución quedó plasmada a través de documentos enviados a las comisiones y es reconocible en muchas sesiones. Fue confirmada por la intervención de monseñor **Angelo Dell'Acqua** en



Catherine McCarthy y María Luisa Monnet con el Papa Pablo VI

la audiencia del 21 de enero de 1965 a Sor Baldinucci: el cargo de auditora supone “ofrecer una contribución de estudio y de experiencia para las comisiones encargadas de revisar y modificar los esquemas de la cuarta sesión”. Nuestra aportación es visible en la constitución pastoral *Gaudium et spes* y no solo en lo referente a la dignidad de las mujeres. Pero sé que no te convezco y piensas que incluso antes del Concilio, y no solo entre las teólogas alemanas, se hablaba del diaconado de las mujeres o del sacerdocio y que, en muchas cosas el Concilio fue importante, pero en el caso de las mujeres no lo fue tanto. Querida amiga, en cualquier caso, ese poco fue mucho. El Concilio Vaticano II hizo posible abrir las facultades de teología a las mujeres, el estudio y la enseñanza de la teología. Sé que lo sabes y que, tal vez algún día seas teóloga. Hoy las mujeres teólogas están revitalizando los estudios bíblicos y una perspectiva cambiante sobre la liturgia y todo lo que concierne a la vida cristiana.

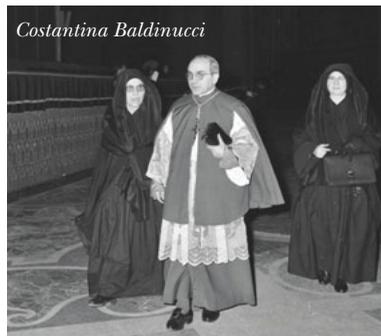
Y el hecho de que aún no hayan alcanzado el sacerdocio parece una desgracia, pero tal vez sea una gracia. La historia de las mujeres en la Iglesia ha hecho que, ya sean abadesas o santas, las mujeres se encuentren al otro lado del clero. Con los laicos. Como no fueron ni son sacerdotes, el nuevo espacio que crean cada día en la Iglesia es un espacio para el apostolado de los laicos y laicas, un espacio que va creciendo. Mientras tanto, dan un nuevo aliento a la Iglesia, más libre y más amplio.



Susana Guillemin



De izquierda a derecha, Amalia de Montezemolo, Alda Miceli, Rosemarie Goldie, María Lucas Tobin, María Luisa Monnet



Costantina Baldinucci

La avanzada de las pensadoras

El Vaticano II abrió las puertas de las facultades de Teología

CETTINA MILITELLO

El 11 de octubre de 1962, mientras corría a casa para ponerme frente al televisor y quedarme allí durante horas viendo la larguísima procesión de los obispos que entraban en la sala conciliar, nunca hubiera pensado que aquel acontecimiento, entendido como lo puede entender una adolescente rebelde, habría tenido un profundo impacto en mi vida y habría cambiado el rostro de la Iglesia. Ya nada volvería a ser como antes porque un nuevo sujeto haría aparición. Me refiero obviamente a las teólogas y a la teología que habría desarrollado el hecho más innovador y relevante en la reflexión metódico-crítica sobre la fe en las últimas décadas del siglo pasado y en las primeras del presente.

Aunque condenadas al silencio y la invisibilidad, las mujeres ya se habían medido críticamente con la fe. Pienso en sor **Juana Inés de la Cruz**, que eligió ser religiosa entre las "jerónimas" emulando a las damas del Aventino, alumnas y colaboradoras de san **Jerónimo**. Su forma audaz de tomar la palabra supuso para ella, la obligación de guardar silencio. La única salida, bajo su propia cuenta y riesgo, era el discurso profético y la experiencia mística que, en cualquier caso, debían estar sometidas al escrutinio clerical masculino. Aunque algunas se liberaron de este control como **Hildegarda de Bingen**, **Catalina de Siena**, **Brígida de Suecia**, **Domenica da Paradiso**, **Teresa de Ávila**, **María Maddalena de' Pazzi**... Otras pagaron con su vida, recordemos a **Marguerite Porete**.

A pesar de esto, las mujeres desarrollaron una teología femenina que floreció en contextos monásticos. En la transición a la era moderna reclamaron el acceso a las Escrituras, leídas por algunas en lengua original. En este camino de adquisición culta de la fe se inscribe la historia de **Elisabetta Cornaro Piscopio**, la primera mujer que pidió cursar estudios superiores de Teología. Petición que fue negada con una frase del apóstol **Pablo**: Que las mujeres callen en la Iglesia. Sin embargo, sí que

le tuvieron que conceder los estudios de Filosofía. Su familia era demasiado importante para negarle radicalmente esta posibilidad.

Fueron necesarios más de dos siglos para que las mujeres obtuvieran sus títulos en distintas disciplinas, entre las últimas, Medicina y Teología. Yo fui de las primeras en Italia que pudo asistir a la facultad. Era octubre de 1968. Dos años después, **Maria Luisa Rigato** fue admitida como auditora en el Pontificio Instituto Bíblico, siendo **Carlo M. Martini** su rector. Al año siguiente se matricularon algunas más y, en poco más de dos años, ya había mujeres en todas las universidades eclesiásticas romanas.

'Virgo sapientissima'

Esto ya había pasado antes en otros sitios. Entre las primeras en lograr el título están la estadounidense **Mary Daly** y la alemana **Elisabeth Moltmann Wendel**. Esta última contaba que la universidad no sabía cómo escribir su título en el diploma y eligieron la fórmula *virgo sapientissima*. Al mismo tiempo, las mujeres accedieron a cátedras y llevaron a cabo investigaciones fundamentales de carácter histórico, patristico y bíblico. El censor de tesis llegó a culpar a la alemana **Elisabeth Gössmann** de un defecto generacional y es que nació demasiado pronto y en su tierra natal nunca hubiera logrado acceder a una cátedra.



Llegué a la facultad de teología con la licenciatura en Filosofía y estudié durante cuatro años para licenciarme. Luego me pidieron que continuara el año de doctorado y para mi tesis decidí estudiar la concepción de lo femenino de **Juan Crisóstomo** ya que había leído con pasión sus cartas a la diaconisa **Olimpia**. Subestimé la cantidad de escritos que había y, por eso, el proceso fue lento. También porque en 1974/75 me pidieron que enseñara Introducción a la Teología en la Escuela de Teología para laicos de mi diócesis. Al año siguiente también enseñé Eclesiología e inmediatamente después entré en el Instituto Teológico San Giovanni Evangelista de Sicilia Occidental. Así, enseñaría a los candidatos a los órdenes.

El deseo explícito de hacer operativas las decisiones conciliares jugó un papel en esta elección. Espacio para laicos y mujeres. Yo era mujer y laica y tenía las calificaciones necesarias. Más aún cuando



Hildegarda de Bingen

Teresa de Lisieux

Teresa de Ávila

Catalina de Siena



Entrada de los padres conciliares en San Pedro para el Vaticano II en 1962

la italiana **Nella Filippi** y la australiana **Rosemary Goldie**, una de las 23 auditoras del Concilio Vaticano II, ya enseñaban teología en Roma a principios de los años 1970. La primera, gracias a un camino que había acelerado los tiempos y así, habiendo obtenido su doctorado, fue invitada a enseñar Cristología. La segunda, llamada por su fama, fue recompensada por no haber obtenido el nombramiento como Subsecretaria del Pontificio Consejo para los Laicos.

En otras partes de Europa, las mujeres también comenzaban a enseñar. En primer lugar, la holandesa **Katharina Halkes** que fue llamada por la Universidad Católica de Nimega para la cátedra de Feminismo y Teología. Por no hablar de las muchas cuyos estudios tuvieron un profundo impacto en el desarrollo de una teología militante, significativamente diferente de la desarrollada por los hombres hasta entonces.

Ya no una teología con el apellido “de la mujer”, sino una teología de mujeres, sobre mujeres o simplemente una teología elaborada por mujeres (cito a la noruega **Kari E. Børresen**, a quien debemos estudios fundamentales acompañados de un vocabulario sugerente y novedoso).

No todo iba bien en la Iglesia para las mujeres. Se pusieron en cuestión los tres asuntos por los que Pablo VI había abogado: el ministerio femenino, el celibato eclesial y la regulación de la natalidad. El “no” más sorprendente que no resolvía el problema era el relativo al ministerio. Mientras, la Iglesia participaba a su manera en el Año Internacional de la Mujer

convocado por las Naciones Unidas en 1975. El Vaticano también había creado una comisión de estudio que no logró casi nada. Dos mujeres habían sido proclamadas “doctoras de la Iglesia”, pero el propio Pablo VI tuvo que justificarse ante el silencio de la Iglesia sobre las tres cuestiones arriba mencionadas.

Las mujeres fueron rápidas, pero la Iglesia tuvo dificultades para responder a sus demandas. Se estaba ampliando una grieta difícil de cerrar, a pesar de los esfuerzos en algunos párrafos (números 34 y 35) de la Exhortación Apostólica *Marialis cultus* de 1974. Las teólogas hicieron una elección feminista; abandonaron la teología de las mujeres para hacer suyo “el pensamiento de la diferencia”; y prestaron atención a todas las declinaciones del pensamiento feminista, incluso las radicales, interactuando o adquiriendo las teorías de género y las teorías queer.

Este agotador diálogo, muchas veces estéril, ha puesto a las mujeres y a la Iglesia en posiciones divergentes. Se ha reprochado a la Iglesia y a su Magisterio no haber abandonado nunca la llamada “mística de la feminidad”, diseñando así una mujer irreal, inscrita en estereotipos erróneamente atribuidos a la naturaleza. La cuestión se volvió más complicada durante el pontificado de Juan Pablo II. De hecho, su “feminismo de la diferencia” tomó como clave su capacidad de generar y recondujo a esta su tarea en la sociedad y en la Iglesia. La titánica labor de deconstrucción y reformulación de la fe que produjo la reflexión feminista quedó sin eco. Cito solo como ejemplo, en Estados

Unidos, a **Elizabeth Johnson** con *La que es*; o a **Elisabeth Schüssler Fiorenza** y su *En memoria de ella*.

En cuanto a mí, obtuve mi título en 1979. La Facultad de Teología de Sicilia estaba a punto de fundarse como tal y una licenciatura no era suficiente para formar parte del claustro. No se me dio la titularidad de Eclesiología sino de la Teología del laicado. Pero continué enseñándola con creciente pasión. Las mujeres en Palermo cada vez eran más y ya se podía intuir en el horizonte una segunda generación de investigadoras y docentes. Hoy en día ya contamos con una cuarta generación.

Enmascarar la feminidad

Las teólogas de hoy no tienen las preocupaciones de las primeras. Yo trabajé muy duro para poder enseñar superando un lenguaje “neutral”. En mis primeros años tuve que demostrar que estaba a la altura y hasta había que enmascarar de alguna manera la feminidad... Miro con alivio a las teólogas más jóvenes, sofisticadas, guapas, madres, casadas... en fin, alejadas del cliché asexual de la consagrada a la ciencia, interesada solo en el estudio.

En Italia, la socióloga **Chiara Canta** ha dedicado un ensayo a las teólogas titulado *Las piedras descartadas*. Recientemente, se ha adherido al pensamiento del Papa **Francisco** sobre las mujeres. Por supuesto, la situación es diferente. Las teólogas han afirmado su profesionalidad creando asociaciones específicas como la Coordinadora de Teólogas Italiana. También en otros ámbitos eclesiales las mujeres son más visibles. Sin embargo, quedan cuestiones sin resolver, especialmente las relativas al ministerio de la mujer. La misoginia clerical persiste. En definitiva, queda un camino cuesta arriba que ni una cierta presencia pastoral, ni el reconocimiento de **Teresa de Lisieux** y de Hildegarda de Bingen como Doctoras de la Iglesia, basta para allanar. Por ejemplo, ¿por qué no reconocer a **Edith Stein** como Doctora de la Iglesia? Fue mártir, y nadie lo niega, pero también fue filósofa y teóloga.

Al mirar a las nuevas generaciones me siento llena de confianza y optimismo. La Iglesia aún no considera a este grupo como un tesoro precioso, pero confío en que en algún momento esto suceda. Necesitamos insistir en la fe, hacerla nuevamente seductora. Las teólogas pueden hacerlo, de hecho, ya lo hacen. Necesitamos dejarles espacio en todos los ámbitos. Ya han pasado los años de callar. Es su momento de hablar y de ser escuchadas.

El cambio del cambio

La vida de las religiosas en estas décadas se ha cojugado con pasos adelante y atrás desde una conciencia renovadora

MERCEDES NAVARRO PUERTO

En una mirada panorámica encuentro cuatro etapas en la VR femenina a partir del Concilio Vaticano II: *Aggiornamento*, estancamiento y retroceso, refundación y realismo y conciencia histórica.

‘Aggiornamento’

El *Perfectae caritatis*, documento conciliar dedicado a la Vida Religiosa, recomienda a las Congregaciones entrar en un proceso de actualización o *aggiornamento* respecto al mundo y a la realidad circundante. La mayoría de las Congregaciones se tomó en serio este desafío. Con un entusiasmo profético, envuelto en múltiples conflictos, el replanteamiento general afectó a todas las áreas de este modo de vida. Las religiosas nos cambiamos el vestido, que lejos de ser un cambio cosmético tuvo una importancia y repercusión de gran calado. De ser seres asexuados, homogéneos e intercambiables, pasamos a ser mujeres individuales, distintas entre sí y semejantes a nuestras congéneres. Al principio el hábito se hizo más sencillo y ligero y en pocos años adoptó el estilo secular. Vestirnos como el resto de las mujeres cuestionó la identidad, la pertenencia, la pobreza y la castidad, entre otros aspectos. Vestir como ellas rompía en pedazos el sentido testimonial de la consagración en el mundo, el reconocimiento en la misión, la idea de ser elegidas por Dios, distintas (superiores) a las laicas. Para una buena parte del catolicismo el cambio en el vestido fue un escándalo y sus ecos llegan hasta hoy. Las resistencias fueron y siguen siendo muy fuertes.

Junto con el vestido, cambió la vivienda. Muchas religiosas se marcharon de los grandes edificios conventuales, a veces aislados de la población y otras en zonas acomodadas, y se establecieron en pisos de barrios y zonas empobrecidas de pueblos y ciudades, conviviendo con el vecindario como cualquiera. De ser comunidades numerosas, pasaron a grupos pequeños o muy pequeños, modificando así el modelo de convivencia y rompiendo la rigidez horaria. De trabajar en la misión en los centros propios (colegios, sanatorios, centros para menores...), las religiosas buscaron un trabajo en fábricas, hostelería, colegios y hospitales públicos, para ganarse la vida como el resto de la gente. Este cambio permitió un mayor conocimiento de la sociedad cotidiana y sus engranajes, y avivó en la mayoría un agudo sentido de la justicia. Pudieron participar en la vida ordinaria, sumarse a la búsqueda de la justicia, tener sentido político e involucrarse individual y comunitariamente en causas difíciles arriesgando sus propias vidas. Las religiosas secuestradas y asesinadas en la lucha por los derechos de los más pobres son muchísimas más de las conocidas por los medios de comunicación. La teología, la vida espiritual, la oración, se vieron muy afectadas.

Las Congregaciones cambiaron, así mismo, los planes de formación inicial y comenzaron ciclos de formación permanente para las religiosas profesas, tanto en el ámbito laboral (la misión), como en el teológico. Un buen grupo comenzó estudios de teología que, más adelante, las capacitó para la docencia, la formación, la investigación y la escritura. Este cambio dotó a las religiosas de solidez y capaci-



dad crítica, de libertad de pensamiento y muchas la ejercieron arriesgándose a censuras que no tardaron en llegar. Muchas de ellas militaron en las causas feministas añadiendo riesgo al riesgo.

Una mayor formación propició una reflexión seria y progresiva sobre la estructura total de la VR, sobre su sentido en un mundo cambiante y recién descubierto, sobre la propia historia. Los capítulos generales y provinciales hervían en medio de la toma de decisiones, algunas drásticas, movidas por el empuje profético (la descapitalización económica, por ejemplo). El cambio en las Constituciones y Reglas encontró dificultades para obtener la aprobación del correspondiente dicasterio vaticano, pero prácticamente todas las Órdenes y Congregaciones cambiaron su normativa al hilo del *aggiornamento*.

Considero esta etapa posconciliar la más rica, creativa y profética de la VR de la historia reciente.

Los conflictos internos y externos, sobre todo en relación con la obediencia y también con la castidad, así como los cuestionamientos sobre el sentido de la VR en el mundo (**la teología**) tuvieron sus consecuencias. Muchas mujeres se marcharon. Unas lo hicieron al descubrir que no era su camino. Otras, la mayoría, por los conflictos con sus superiores (**obediencia**).



Hermanas de la Presentación de la Santísima Virgen María de Escuela Católica Trinity (California), dedicadas a la educación en imágenes de 1950, 1978 y hoy



Monjas salvatorianas en 2018. Todas están con vestido contemporáneo pero según las tradiciones de las provincias de origen: Colombia, Brasil, República Democrática del Congo, Polonia, India y Austria

Algunas por enamorarse (**castidad**), por el inmovilismo de las estructuras, por el control y muchas otras razones. Los abandonos comenzaron a pesar en las Congregaciones, en sectores conservadores de la Iglesia y en la curia vaticana. La VR comenzó su progresiva disminución demográfica.

Estancamiento y retroceso

El pontificado de **Juan Pablo II** marcó la segunda etapa. La VR sufrió al comienzo un estancamiento y en seguida un retroceso. Los conflictos, los abandonos, la disminución de vocaciones, el auge de los grupos y movimientos laicos, muchos de ellos conservadores, dieron lugar a interrogantes sobre el estado actual de la VR femenina. Se instaló la sospecha, el miedo, la denuncia, los controles y las represalias, sobre todo en la docencia teológica y la publicación, pero también en los lugares de vanguardia y en la implicación política por la justicia. Algunas Congregaciones no se dejaron amilanar, pero fueron pocas y la mayoría gozaba de suficiente prestigio y dinero para suavizar las censuras y condenas. De ello doy fe en primera persona. El retroceso afectó a la formación, tanto a la inicial como a la permanente, afectó a la libertad para pensar teológicamente la VR, a la libertad de palabra y de cátedra y, a la postre, fue creando autocensura en muchas religiosas inteligentes y preparadas. Se volvió a conceptos de elección y consagración supuestamente superados, se revalorizaron los signos externos de identidad y pertenencia, así como las misiones propias de cada Congregación y una cierta separación del mundo.

Refundación

Con este proceso ya instalado, comienza la tercera etapa. La refundación, a pesar de aparecer como un paso adelante y creativo en la VR, no fue más que un intento, a

mi juicio fallido, de una vuelta al carisma fundacional mal planteada. Pretendía, en el fondo, reaccionar positivamente al estancamiento y al retroceso, pero el tiempo perdido no se pudo recuperar y el mundo cambiaba muy deprisa. Persistían las secuelas de la etapa anterior, añadiéndose el envejecimiento de las religiosas en contextos de cultura occidental, a los problemas ya existentes. Algunas Órdenes y Congregaciones concertaron fusiones, casi siempre por razones prácticas. La mayoría fue improvisando soluciones a los problemas según iban surgiendo. Se incorporaron religiosas jóvenes de otros continentes y culturas a comunidades mayores, que en muchas ocasiones terminó en un fracaso. La falta de religiosas en los centros propios obligó a dejar muchas misiones en manos de seculares, unos más formados en el carisma y otros menos. Se cedieron centros docentes, sociales y sanitarios a instituciones civiles y, sobre todo, eclesásticas. Muchas Congregaciones realizaron un buen proceso en el traspaso, pero otras muchas simplemente improvisaron.

A mi modo de ver, esta etapa se caracteriza por una cierta ambivalencia. La evidencia de la disminución demográfica y de fuerzas vivas convive con la esperanza de poder revertir la situación, a pesar de que apenas hay signos de que este estilo de vida, así como está, interese a las nuevas generaciones de mujeres. También se caracteriza por una ausencia de mirada crítica y valiente a medio y largo plazo. Muchas religiosas en contextos no de misión *ad gentes* tenían su trabajo remunerado, su cotización a la seguridad social y su derecho a la jubilación. Cuando esta llegó, sin embargo, eran raras las Congregaciones que habían preparado a sus miembros para esa etapa de la vida. Algunas se ofrecieron como voluntarias en distintos lugares, otras fueron enviadas a reforzar comunidades

concretas y aquellas con dificultades de salud se quedaron en casa. Hubo quienes aprovecharon ese tiempo, todavía activo, para la formación.

Realismo y conciencia histórica

La situación actual, que sería la cuarta etapa, se caracteriza por el realismo y por la conciencia histórica del estado de vida que la Iglesia denomina Vida Consagrada. Se habla poco de su final (en el estilo actual), pero se tiene conciencia de él. En el contexto occidental global, la atención a las mayores, muy mayores, ocupa mucho. Las religiosas están bien atendidas física y psíquicamente, tienen medios y recursos, compañía, cariño, y una atención espiritual que para ellas puede ser suficiente, pues ya no se puede improvisar lo que tendría que haberse hecho décadas antes. Me apena no haber sido capaces de convertir este momento de la vida, que compartimos con buena parte de la población, en un signo profético, pues tenemos todas las posibilidades delante de nosotras.

Terminando

No podemos vivir de nostalgias, es verdad. No obstante, no puedo evitar sentir rabia ante la ruptura que la etapa de retroceso produjo en la VR naciente postconciliar. No dejó tiempo para asentar los grandes cambios del *aggiornamento*. La historia no tiene vuelta atrás, pero siempre es susceptible de una lectura crítica. Las religiosas hemos perdido la posibilidad real de reinventarnos, del ensayo-error, de aprovechar las ventajas de recuperar el tamaño (reducido) que nunca debimos perder. Este modo de vida profético no es ni mejor ni peor que otros, pero su peculiaridad forma parte, desde el principio, de la vida de la Iglesia. Las formas históricas seguirán cambiando. Dejemos, por tanto, que siga evolucionando.

No hay duda de que el Concilio Vaticano II representó un punto de inflexión en la historia de la Iglesia católica también en lo que concierne a la cuestión de las mujeres. Si **Juan XXIII** ya había señalado la necesidad de la incorporación de la mujer a la vida pública como uno de los signos de los tiempos (en la encíclica *Pacem in terris*), sabiendo captar así la novedad de una sociedad que pedía el reconocimiento de las conquistas sociales alcanzadas por los movimientos femeninos, es a **Pablo VI** a quien se debe el mérito de convocar, por primera vez en la historia de la Iglesia, a algunas mujeres para que participaran como auditoras.

Para la tercera y cuarta sesión del Concilio, de septiembre de 1964 a julio de 1965, fueron convocadas 23 auditoras: 10 religiosas y 13 laicas, elegidas en su mayoría según criterios de internacionalidad y representación. A ellas se sumaron una veintena de expertas por sus competencias específicas y su profesionalidad, como la economista inglesa **Barbara Ward**, experta internacional en temas relacionados con el hambre en el mundo; la estadounidense **Patricia Crowley**, autoridad en el campo de temas relacionados con el control de la natalidad; y la inglesa **Eileen Egan**, activista en movimientos no violentos y pacifistas.

La influencia de las auditoras se notó, sobre todo, en dos de los documentos en cuyas subcomisiones habían participado. Eran las constituciones *Lumen gentium*, que subrayan el rechazo de toda discriminación sexual; y *Gaudium et spes*, en las que se defiende la visión unitaria del hombre y la mujer como “persona humana” y la igualdad fundamental de los dos géneros. Sabemos de las intervenciones de algunas de ellas (la australiana **Rosemary Goldie**, la española **Pilar Bellosillo** y la francesa **Suzanne Guillemin**) reivindicando que lo femenino no fuera tratado como un tema en sí mismo para aislarlo o destacarlo entre el resto. Abogaron porque se reconociese la dignidad de la persona humana y, por tanto, el primado de la igualdad que confiriera a cualquier bautizado el principio de corresponsabilidad apostólica.

Tuvo gran importancia la superación de la tradicional concepción contractual y jurídica de la institución familiar, mediante la recuperación del valor del amor conyugal fundado en una “íntima comunidad de vida y de amor”. En esta perspectiva, la contribución del matrimonio mexicano **Luz Marie Álvarez Icaza** y su esposo **José** en la subcomisión *Gaudium et spes* fue decisiva para cambiar la actitud de los obispos hacia

El legado de las 23 madres conciliares

ADRIANA VALERIO

El genio femenino se ha reforzado en estas seis décadas de vida eclesial

el sexo en la pareja conyugal, dejando de considerarlo como un remedio para la concupiscencia vinculada a pecar, sino como expresión y acto de amor.

Debemos recordar la contribución de la economista Barbara Ward al debate sobre la presencia de la Iglesia en el mundo y su compromiso para garantizar que la Iglesia pronuncie una palabra creíble sobre el problema de la pobreza y sobre el tema del desarrollo humano. Las auditoras religiosas jugaron un papel importante en la actualización de la vida religiosa, desencadenando procesos de innovación y experimentación. Trabajaron para devolver el mensaje evangélico al centro de la vida religiosa mediante una vuelta a las fuentes bíblicas y litúrgicas; subrayaron la dignidad personal de cada miembro de la comunidad poniendo de relieve las cualidades y valores del ser mujer; e impulsaron una actitud diferente de las religiosas hacia el mundo al que debían abrirse.

El significado del Concilio para las mujeres va más allá de las pocas referencias en sus documentos y debe buscarse en la nueva metodología de escucha y diálogo que condujo al reconocimiento de la dignidad de cada persona humana abriendo espacios de responsabilidad y participación en la Iglesia sin precedentes a todos los

bautizados. El Concilio no quiso expresar definiciones dogmáticas, sino abrir ventanas a un mundo en transformación, pidiendo a la Iglesia que se renovara y actualizara. A las mujeres y a los laicos les permitió el acceso a las facultades de teología. En 1965 ingresó la primera “estudiante extraordinaria”, **María Luisa Rigato**, en el Pontificio Instituto Bíblico; y en 1970 **Nella Filippi** se convirtió en la primera mujer en obtener un doctorado en teología en la Pontificia Facultad Angelicum de Roma.

Cuestiones sin respuesta

Después de 60 años, ¿sigue siendo relevante buscar inspiración en el Concilio? Aún hay varios temas relativos a la participación real y activa de los laicos en la vida de la Iglesia sin respuesta. El propio Pablo VI, que había favorecido la participación de las mujeres, temía que los cambios que se estaban produciendo fueran peligrosos para la Iglesia y la sociedad. Y retomó asuntos que afectaban a las mujeres como la anti-concepción (la esfera corporal y sexual), el ministerio (el papel en el gobierno en la Iglesia) y la ley del celibato eclesiástico (y con ello la imagen negativa de lo femenino vista en oposición a lo sagrado). Cuestiones que hoy en día siguen abiertas.

El Papa **Francisco** ha planteado la cuestión de superar el clericalismo para que la Iglesia pueda repensarse renovándose y ha abierto a las mujeres espacios antes cerrados para ellas, pero estamos lejos de poner en práctica estrategias adecuadas que lleven a una efectiva igualdad y responsabilidad.





Las mujeres que llegaron a la Curia

No creo que pueda aceptar”. Murmuró de forma imperceptible. “O al menos, eso creo”. Sor **Nicoletta**, a la que todos llaman **Nicla**, recuerda esa mañana de un viernes de diciembre de 2011 con todo lujo de detalles. Salvo el momento en que escuchó algo imprevisto e impensable. “Estaba por terminar mi cargo como responsable de la publicación *Sequela Christi* para los Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica. El cardenal **João Braz de Aviz** me llamó a su despacho. Allí me esperaba junto a su secretario, el arzobispo **Joseph Tobin**. Me dijeron: “Su Santidad, el Papa **Benedicto XVI**, la ha nombrado Subsecretaria de este Dicasterio”. De ese preciso instante se acuerda menos, está un poco borroso. “Murmuré algo del tipo: No creo que pueda aceptar”.

Al poco se dio cuenta y se desencadenaron las risas y los abrazos de los presentes. “La primera y más hermosa felicitación fue del cardenal **Mauro Piacenza**, prefecto del dicasterio para el Clero. Decía así: “Hermana. Le deseo que sea una Antífona Mayor en nuestra Iglesia”. Ese día la Iglesia comenzaba a celebrar la Navidad con el canto de las Antífonas Mayores e invocaba, ‘Oh sabiduría, que sale de la boca del Altísimo, se extiende hasta los confines de la tierra y dispone de todo con dulzura y fuerza: ven, enséñanos el camino de la sabiduría’. Todavía hoy tengo en mi escritorio esta preciosa invocación”.

Nicla Spezzati, religiosa de las Adoratrices de la Sangre de Cristo, profesora uni-

LUCIA CAPUZZI

Nicla Spezzati es referente del nuevo liderazgo en la Curia

versitaria y experta en espiritualidad, fue la segunda mujer en ocupar un alto cargo en la Curia romana. En 2004, **Juan Pablo II** había nombrado para ese puesto a sor **Enrica Rosanna**, de las Hijas de María Auxiliadora. Muchos pensaron entonces que este sería un caso excepcional. Pero con la elección de sor Nicla como Subsecretaria, **Joseph Ratzinger** decidió continuar el camino abierto por su predecesor. “En la larga conversación con el Papa **Benedicto** comprendí que él esperaba de nosotras, las mujeres, una participación en la vida de la Iglesia rica de una especial generatividad espiritual y cultural. Estaba dibujando el rostro femenino de la Iglesia. Una visión que se conserva con el Papa **Francisco** y yo sigo apoyando con una atención especial”.

¿Cómo lo hace?

Para mí significa abrazar y crear vínculos con todos, actuando en continua colaboración con las mujeres, en concreto con las consagradas, para que seamos voz del Evangelio y compañía inteligente en la ciudad humana, sin estar separadas.

¿Cómo recibió la noticia de su nombramiento?

Me di un tiempo y estuve trabajando en mi estudio antes de tomar “posesión” oficial de mi nuevo cargo. Me propuse

escuchar y aprender y, al mismo tiempo colaborar, participar, proponer desde la mirada femenina y propiciar el discernimiento y la decisión compartida. En definitiva, un nuevo camino equilibrado de serena parresía.

¿Qué fue lo más difícil?

He intentado estar siempre investigando y no adaptarme a estereotipos obvios. Me explico. Me he mantenido vigilante en una actitud de escucha activa que acoge, evalúa y discierne, para poder sustentar la vida de la Iglesia y la vida consagrada con parresía, pensamiento y propuestas desde una mirada femenina. Me he formado con pasión y, a veces ha sido difícil, para escuchar otras voces y participar críticamente, más allá de cualquier barrera ideológica. He tratado de dejarme interpelar continuamente por las cuestiones culturales contemporáneas, fomentando en lo posible el desarrollo, la praxis y las decisiones en favor del *humanum*, hombre-mujer, y su crecimiento en la novedad del Evangelio.

Para ello me repetía, y me repito la frase de **Madeleine Delbrêl**: “Leer el evangelio cogiéndolo con las manos de la Iglesia de la misma forma como se come el pan”. Madeleine fue una fuente de preciosa inspiración. Admiro su visión contemplativa y orante de la vida, el equilibrio y la dialéctica entre acción y contemplación, entre conexión visceral entre la Iglesia y la intolerancia hacia los posibles excesos del formalismo y el poder, entre claridad crítica y humilde compasión. Y me fascina su visión misionera que no excluye a nadie.

¿Existe alguna contribución específica que las mujeres puedan ofrecer dentro de un organismo masculino como la Curia Romana?

Es un lugar que podría intimidar. Precisamente por eso, el desafío es no ceder a la tentación de vivir el propio rol como una mera función que cumplir. Creo que la Iglesia pide a las mujeres que vayan más allá de su cometido y expresen plenamente su potencial. Que pongan en juego esa peculiaridad enteramente femenina de unir mente y corazón que las hace capaces de intuir, vislumbrar e iniciar procesos. Disfruté del encuentro con cientos de consagrados y consagradas y con los pastores de la Iglesia, con diferentes comunidades en diferentes circunstancias. Fue una escuela de búsqueda común, un proceso juntos en la novedad del Evangelio. Pequeños pasos para que la Iglesia se exprese en la belleza de lo humano, recíproca, armoniosa, dialéctica y vital.

Las católicas en el campo

Los movimientos laicales femeninos se apuntalan

VITTORIA PRISCIANDARO

A los campos de trigo llegaron armados con bolígrafos, cuadernos y el Evangelio. Y enseñaron a leer y escribir a las mujeres campesinas, transmitiéndoles los rudimentos de la lengua junto con la Palabra de Dios. De zapatos gastados y polvorientos también parte el camino hacia el protagonismo de las mujeres católicas en la Iglesia y en la sociedad. “Para las campañas de alfabetización, las jóvenes de Acción Católica utilizaron los textos de la liturgia, haciendo circular traducciones que no eran públicas. Entendieron que había un problema de protagonismo de las mujeres que pasaba por la formación y el conocimiento”, dice **Stella Morra**, teóloga y socióloga. “Estar dividida entre hombres y mujeres también se veía como un recurso, no como un límite. Se trataba de encontrar lugares donde las mujeres pudieran hablar libremente”.

Fue a principios del siglo XX cuando las asociaciones de mujeres comenzaron a tomar forma, gracias a la Acción Católica. **Armida Barelli**, hija de la burguesía milanesa, estudiante en Suiza y de sólida espiritualidad, fundó en 1918 la Juventud Femenina Ambrosiana a petición del cardenal **Ferrari** y, al año siguiente, impulsada por **Benedicto XV**, la nacional. Será la “hermana mayor” de muchas jóvenes que descubrirán su camino para implicarse en la vida de las parroquias. Miles de mujeres que, entre momentos de estudio, oración, encuentros y campamentos de verano, desempeñarán un papel protagonista fuera de los muros de su casa. “La dimensión social de Barelli se expresa con la promoción de la cultura de las mujeres, a través de la alfabetización, la formación y la universidad. La prensa asociativa, diferenciada por grupos de edad y categorías sociales, fue el principal instrumento de los grupos liderados por las propias mujeres”, observa la socióloga **Chiara Canta**.

Barelli, a quien **Francisco** declaró beata el 30 de abril de 2022, es pionera en muchas realidades, desde la Acción Católica hasta la Universidad Católica del Sagrado Corazón y el Instituto Secular de las Misioneras de la Realeza de Cristo con el padre **Agostino Gemelli**, hasta la Obra de la



Realeza. Las semillas de la Acción Católica harán florecer también el Centro Italiano de la Mujer y el grupo de Promoción de la Mujer. **Alda Miceli**, que la sucederá al frente de la Juventud Femenina, “será una de las trece laicas participantes en el Vaticano II, mujeres implicadas en la Iglesia y en las asociaciones católicas que representaban realidades significativas y “esferas vitales” formadas por miles de mujeres en todo el mundo”, afirma Canta.

Formas democráticas

“Desde el principio los estatutos, tanto de la Unión de Mujeres Católicas fundada en 1908, como de la Juventud Femenina de Armida Barelli de 1918, prevén la elegibilidad de los cargos en forma democrática”, subraya el historiador **Ernesto Preziosi**. “Es un camino que marca también una nueva sensibilidad en relación con la presencia de las mujeres en la sociedad y su derecho a participar en las elecciones políticas. Un derecho por el que las mujeres católicas luchan con intervenciones públicas que contribuyen a llevar al Parlamento un proyecto de ley aprobado parcialmente por la Cámara de Diputados el 6 de septiembre de 1919 con el apoyo del Partido Popular italiano”, explica Preziosi.

Solo en 1945 se concedería a las mujeres italianas el derecho a votar y serían elegibles para ser votadas. Ese año, las mujeres católicas supondrían la participación



electoral más amplia. “Barelli escribirá: “Nosotras las mujeres somos una fuerza en Italia porque, de 100 votos, 47 son para hombres y 53 para mujeres”. Una vasta labor de sensibilización que produjo sus efectos también en la sensibilidad y en el discurso eclesial”, afirma Preziosi. Y son las “hermanas” de Armida las que más tarde hicieron historia en Italia. Basta mencionar a la partisana “**Gabriella**” o a la joven **Tina Anselmi** que será ministra de la República, presidenta de la Comisión parlamentaria de investigación sobre la



Arriba, Tina Anselmi, primera ministra en Italia. A la izquierda en el centro de la foto, Armida Barelli, cofundador de la Universidad Católica; abajo, Chiara Lubich, fundadora del Movimiento de los Focolares;

Logia Masónica P2 e impulsora de la ley de igualdad de oportunidades.

En resumen, Barelli “con su obra contribuyó decisivamente a la promoción de las jóvenes cristianas en la primera mitad del siglo XX y al proceso de integración entre el Norte y el Sur, extendiendo su acción en el ámbito internacional”, escribe Francisco en el prólogo del libro de Ernesto Preziosi, *La zingara del buon Dio*. Un papel que el Papa reconoce también hoy a la Acción Católica hasta el punto de invitar a participar en el Sínodo a Eva Fernández Mateo, coordinadora del FIAC, el Foro Internacional de la Acción Católica. “Estoy convencida de que la experiencia de fe a través de la Acción Católica ha ayudado mucho a las mujeres desde principios del siglo XX”, afirma Fernández quien recuerda la figura de “Pilar Bellosillo, fundadora de la Acción Católica Española, que fue auditora en el Concilio Vaticano II”.

Nacida en 1987, la FIAC está presente en una treintena de países, en los cinco continentes, y representa un protagonismo laical, muchas veces en clave femenina, de

la Acción Católica en todo el mundo. “La argentina **Beatrice Buzzetti** fue la primera coordinadora de 1997 a 2004, seguida por **Paola Bignardi**, italiana. También hay que recordar a **María Eugenia Díaz**, mexicana, quien también fue presidenta de la Unión Mundial de Mujeres Católicas. Y **Viorica Lascu**, primera colaboradora de los obispos rumanos más tarde martirizados por el régimen comunista, que ayudó a crear una Acción Católica única, con los dos ritos, e impulsó a la FIAC en esta apertura internacional”, recuerda **Maria Grazia Tibaldi**, una de las fundadoras de la FIAC de la que ahora es Secretaria.

Margareth Karram, presidenta del Movimiento de los Focolares, también fue invitada al Sínodo por el Papa Francisco. Y pensar que cuando el Movimiento dio sus primeros pasos, la importante presencia femenina despertó suspicacias. La historiadora **Elena Del Nero** recuerda las palabras de monseñor Traglia, en 1959, durante una sesión plenaria de la Conferencia Episcopal Italiana (CEI): “Cuando se discutía la posibilidad de disolver el Movimiento de los Focolares, dijo que ‘el movimiento no puede ser aprobado, lo que sorprendente es que sean las mujeres las que actúen como maestras del espíritu’. El cardenal **Siri** expresó fuertes dudas sobre la posibilidad de ‘sanar’ el Movimiento, subrayando que ‘había una mujer por medio’”. En enero de 2020, la focolarina **Francesca Di Giovanni**, jurista, fue la primera mujer en ocupar un puesto directivo en la Secretaría de Estado, subsecretaria de la Sección para las Relaciones con los Estados.

Por estatuto, el Movimiento de los Focolares debe tener una presidenta mujer. La petición de la fundadora, **Chiara Lubich**, fue aprobada por **Juan Pablo II**. La norma “confirma cómo una mujer, a pesar de no haber recibido las Sagradas Órdenes, puede presidir un cuerpo eclesial al que pertenecen, además de los laicos, una nutrida representación de sacerdotes, religiosos y religiosas, así como un buen número de obispos que comparten la espiritualidad del Movimiento. Todo esto me hace vislumbrar nuevos horizontes para el papel de la mujer en la Iglesia”, explicaba Lubich en una entrevista.

Acción Católica, Movimiento de los Focolares y también el Movimiento Scout. Después de veinte años de dictadura y varios años de guerra “en Italia, la experiencia del scoutismo femenino, la AGI (Asociación Italiana de Guías fusionada con la Asociación Italiana de Guías y Scouts

Católicos, AGESCI), nació de un pequeño grupo de mujeres jóvenes de la burguesía romana, un escuadrón femenino enteramente autogestionado”, recuerda **Roberta Vincini**, presidenta del Comité Nacional de Agesci.

En el período post-Concilio, la Asociación ratificó la figura de las responsables laicas: “La AGI sabía que podía participar activamente en la construcción de una comunidad eclesial y en particular sus responsables se sintieron llamadas como mujeres y como educadoras scouts para aportar su contribución específica”, añade **Daniela Ferrara**, Guía Jefe de Italia. “En 1974 llegó la elección entre la diarquía o la coeducación. Así, la Asociación confió tareas educativas y de gobierno a una mujer y a un hombre conjuntamente, con igual dignidad y responsabilidad”. Un protagonismo que las mujeres de AGESCI también encarnan en la sociedad italiana, “basta mencionar a **María Teresa Spagnoletti**, magistrada del tribunal de menores de Roma. O **Giovannella Baggio**, presidenta del Centro Nacional de Estudios sobre Salud y Medicina de Género y miembro electo del Comité Científico de la Sociedad Internacional de Medicina de Género”.

Ambivalencia

Por lo tanto, las asociaciones laicas han hecho mucho por la maduración de las mujeres católicas. El acceso de las mujeres al estudio de la teología, permitido por el Concilio Vaticano II, también contribuyó en gran parte. “Las mujeres de la Juventud Femenina habían comprendido que era necesario formarse en lengua italiana y en la fe porque era importante participar en el espacio público”, afirma **Stella Morra**. Pero, por otra parte, toda la sociedad estaba cambiando. “La condición de las mujeres estaba estructuralmente bloqueada, no tenían autonomía económica ni jurídica. Y la comunidad eclesial sentía una gran desconfianza hacia la dimensión más pública, hacia el hecho de que las mujeres desempeñaran distintas profesiones o gozaran de autonomía económica porque chocaba con la mitificación romántica de la familia”. Una ambivalencia, —concluye Morra—, que ha marcado la vida eclesial. “A nivel público, no era necesario mover algunos pilares como el de la familia o el trabajo fuera del hogar, que inevitablemente se han movido para cambiar también la esfera privada. Y han planteado a la Iglesia una serie de cuestiones que, como estamos comprobando en el proceso sinodal, todavía tenemos que abordar”.

Política y cuidado de la Casa Común

El Vaticano II apostó por aunar fe y compromiso político

ROSY BINDI

Tenía 11 años cuando comenzó el Concilio Vaticano II el 11 de octubre de 1962 y **Juan XXIII**, al final del primer día, saludó con una caricia a la multitud reunida en la Plaza de San Pedro con aquel breve discurso que pasó a la historia como el discurso de la Luna. Tenía 14 años cuando **Pablo VI**, el 7 de diciembre de 1965, anunció el fin de los trabajos y el principio de un camino de renovación humana y religiosa, entregando a la Iglesia la enseñanza de “amar al hombre para amar a Dios”. Crecí en una familia sencilla con fuertes valores religiosos y civiles. Desde niña he respirado una fe fuerte, popular, vivida y transmitida por mis padres con autenticidad. El Concilio fue verdaderamente un nuevo Pentecostés, una novedad impactante para todos, no solo para los católicos.

Entré muy joven en la Acción Católica y eso marcó mi ser como creyente y ciudadana, en la estela del Concilio Vaticano II. La Acción Católica estaba cambiando y **Vittorio Bachelet**, jurista y político, era quien la lideraba. Pablo VI pedía al nuevo presidente repensar la misión de hacer visible y operativa la Iglesia de la *Gaudium et spes* y de la *Lumen gentium*. Eran los años de la elección religiosa en los que la asociación redescubrió su vocación formativa y pastoral, la centralidad de la Palabra y el primado de fe y abandonaron toda forma de colateralismo político. La opción religiosa significó volver a lo esencial del Evangelio e iniciar una lectura laica de la realidad histórica.

Al acercarme a la edad adulta respiraba un aire nuevo, entendí que la fe cristiana no era una teoría sino una persona, era Jesucristo, era el Evangelio. Descubrí que la Iglesia universal es la iglesia de las muchas iglesias locales y la nueva liturgia en italiano supuso una experiencia comunitaria. La Iglesia que valora la libertad de conciencia, la búsqueda de la verdad más que su imposición y que analiza los signos de los tiempos con mirada confiada y misericordiosa.

La realización del Concilio, confiada a monseñor **Enrico Bartoletti** en la Conferencia Episcopal Italiana y a **Vittorio Bachelet** en la Acción Católica, no se podía dar por descontado. No bastaba con adaptar la estructura de la asociación, era necesario invertir de manera generalizada en las parroquias con una nueva catequesis dirigida a los jóvenes y a las familias, con una vida de caridad y corresponsabilidad.

Un pilar de mi educación fue la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* de Pablo VI, que pedía a los laicos realizar el reino de Dios a través de las cosas del mundo. Comprendí lo que significaba la responsabilidad y la libertad de los laicos, uno de los grandes dones del Concilio. En el apasionado clima de renovación eclesial, la política se presentó como tierra de misión.

La fe, que no se deja encasillar en ningún proyecto político, empuja a que cada uno haga su parte en una relación que nunca sea de superposición o separación, sino siempre de distinción. Aprendí que laicidad significa asumir de forma autónoma la responsabilidad ante la sociedad y la historia, para perseguir el bien común y crear la Ciudad del hombre. La política fue el resultado natural de una pedagogía de la ciudadanía madura que se desarrolló de la mano de mi formación religiosa.

Tiempos convulsos

El Concilio había leído los signos de los tiempos, pero los tiempos habían llegado cargados de contradicciones y conflictos. El 68 y las luchas obreras, el protagonismo de las mujeres en el feminismo, las nuevas sensibilidades ambientalistas, las tensiones hacia nuevas libertades y nuevos derechos civiles y, finalmente, el terrorismo, supusieron grandes fracturas en la relación entre instituciones y sociedad, democracia y política. Vivir el Concilio de 1968 a 1980 significó crecer con la conciencia de que no bastaba ser buenos cristianos, —como repetía Bachelet—, también había que ser buenos ciudadanos. Muchos de nosotros



Pablo VI con Aldo Moro, líder de Democracia Cristiana, asesinado en 1978 por las Brigadas Rojas



El Papa Francisco en el Parlamento Europeo en 2014

sentimos la necesidad de un nuevo pensamiento de inspiración cristiana, capaz de dar nueva vida a la acción política de los católicos, tomando nota de las divisiones que, desde el referéndum sobre el divorcio, afectaban a nuestro mundo.

El camino del cambio cultural y político, iniciado por el catolicismo democrático, se vio trágicamente interrumpido con el secuestro y asesinato de **Aldo Moro** a manos de las Brigadas Rojas. No es casualidad que el terrorismo político haya golpeado a algunas de las personalidades católicas más lúcidas como la de Aldo Moro, **Pier-santi Mattarella**, **Vittorio Bachelet**, **Roberto**



Ruffilli, intérpretes de una visión de la democracia y de la sociedad que contribuyó a redactar la Constitución y a construir la nueva República.

Aquella generación practicó la laicidad con una rara virtud para la mediación, en la conciencia de la relación entre reglas y valores, guiada por el sentido de los límites y el principio de insatisfacción que hacía decir a Moro que “nuestro destino no es alcanzar la justicia, sino tener hambre y sed de ella toda la vida”. Una lección de laicidad y de rigor moral que he tratado de seguir desde que **Maria Eletta Martini**, responsable de la Democracia Cristiana

para las relaciones con el mundo católico, me propuso ser candidata al Parlamento Europeo en 1989, al final de mi mandato como vicepresidenta de Acción Católica.

Con el fracaso del proyecto de Aldo Moro, las energías más innovadoras chocaron con las opacidades de la forma del partido. Los Democrazia Cristiana, identificada como el partido de los católicos, ya no pudo responder a las expectativas de los italianos y la serie de investigaciones judiciales sobre la corrupción en la política y en los negocios, que periódicamente tomó el nombre de *Tangentopoli*, fue el acto final de un desgaste que venía de largo. Para aquellos que, como yo, habíamos comenzado a trabajar en las instituciones con la ambición de relanzar los valores del catolicismo democrático, la investigación, significativamente llamada *Mani Pulite* (manos limpias), era una oportunidad para la regeneración ética de la política.

En el frente eclesial, se reconoció que la unidad de los católicos no resistiría la nueva estructura bipolar, resultado de la nueva ley electoral mayoritaria. Con la desaparición de la Democracia Cristiana, que había desempeñado el papel de traducción secular de la inspiración cristiana en la política, la Iglesia italiana intentó llenar este vacío asumiendo su propia subjetividad social y política para iniciar una relación directa con las instituciones del país. Un punto de inflexión que ha debilitado a la CEI que se comunicaba sin intermediarios con distintas tendencias políticas.

Ese método de diálogo y de síntesis, basado en el discernimiento que medía la coherencia entre las opciones políticas y la inspiración religiosa, ha desaparecido. De hecho, ha prevalecido una interpretación neoclerical y conservadora del papel de los católicos, que ha fomentado la instrumentalización por parte del centro derecha de la religión y las cuestiones éticamente sensibles.

Valores no negociables

Como la del fin de la vida, el reconocimiento legal de las parejas de hecho y homosexuales, la procreación asistida o la invitación de la jerarquía a no tomar parte en el referéndum sobre estas cuestiones. Puntos en los que el intervencionismo político de la CEI sobre los valores no negociables –asumidos como prioridades en la agenda política en detrimento de cuestiones no menos relevantes como la calidad de la democracia, las desigualdades, la creciente pobreza o la inmigración–, ha acentuado la soledad de quienes, siguiendo

la lección de laicidad del Concilio, han buscado una síntesis entre valores y derecho, entre inspiración cristiana y pluralismo de la sociedad italiana.

Aquella temporada dejó una profunda huella si la religión y los valores de los que hoy hace alarde la derecha en el gobierno vuelven a ser blandidos como banderas de una identidad cristiana rebajada a ideología política. Este giro ideológico va acompañado de una evidente inconsistencia entre la inspiración cristiana declarada y las opciones concretas del gobierno en la lucha contra la pobreza y la acogida de los inmigrantes.

Quizás no sea casualidad que, en el Parlamento italiano, por primera vez, la presencia de exponentes del mundo católico sea muy limitada, señal de una oferta política miope, que no ha podido o no ha querido interceptar la vitalidad de un laicado que en las asociaciones y parroquias sea un servicio a los más vulnerables.

El Papa **Francisco** ha alentado repetidamente el compromiso de los católicos en política con palabras de Pablo VI, como “la forma más alta y exigente de caridad”, y ha aclarado que “desentenderse equivale a traicionar la misión de los laicos” que deben ser “la sal de la tierra y luz del mundo” también en las instituciones. Pero nos invita a elegir la política con la P mayúscula, capaz de tener visión. “Frente a tantas formas mezquinas de política orientada a intereses inmediatos, recuerdo que la grandeza política se demuestra cuando, en los momentos difíciles, se actúa sobre la base de grandes principios y pensando en el bien común a largo plazo”.

Con su invitación a ser una Iglesia sinodal y en salida, el Santo Padre indica un camino de renovada aplicación del Concilio también para los laicos. La elección preferencial por los pobres, la atención a las periferias existenciales y materiales del mundo, la denuncia de las profundas desigualdades generadas por una globalización sin reglas, la oración incesante por la paz en el mundo siguiendo las huellas de la oración con todas las religiones de **Juan Pablo II** en Asís, la condena de la corrupción y de la ilegalidad, la intensa solicitud pastoral para la protección de la creación y la fraternidad sin fronteras, son indicaciones preciosas para quien tiene hambre y sed de justicia. La política es cuidar del bien común, esto es lo que aprendí del Concilio. Solo una política libre de intereses que cuide de la comunidad, puede hacer justicia para los pobres y las periferias del mundo, como nos pide el Papa Francisco.



Universidad Pontificia de Salamanca

UNIVERSIDAD DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Comprometidos con un futuro excelente

     www.upsa.es

Universidad patrocinadora de este suplemento